

Quinta Conferencia. 13 de septiembre de 1916.



George Groddeck
Biblioteca de Psicología Profunda.
Editorial Paidós. 1983.

La última vez hablé de las conexiones de la vida con el dolor; de ahí quisiera partir ahora para fundamentar con mayor precisión mi afirmación de que el prejuicio contra las expresiones de sadismo y masoquismo está equivocado. Se trata de fenómenos con gran importancia para la conceptualización de la vida masculina y femenina, y están incorporados a la vida diaria, a la vida religiosa y en estrecha relación con los fenómenos extraordinarios de este mundo. Quisiera llamar la atención sobre ciertos detalles de la vida cotidiana que prueban que ambas pulsiones se desarrollan en todo ser humano. Ya resalté la vez pasada que la madre, cuando lleva a su hijo en brazos y quiere expresar su alegría y su ternura, le da unas palmadas afectuosas. Este gesto ya lo emplean las madres antes del nacimiento, cuando el niño se agita en el cuerpo materno.

Es algo que dura toda la vida, y pongo de relieve que en el problema del sadismo y del masoquismo los golpes desempeñan un gran papel; ello tiene que ver con las primeras impresiones sensoriales y auditivas.

Las impresiones sensoriales son las primeras que aprende a conocer el niño. Los golpes en la espalda se utilizan para hacerle devolver el aire superfluo que traga mientras mama; muy pronto se relacionan, así, con un sentimiento de alivio. También se desarrolla, paralelamente, el placer causado por el sonido, y el reconocimiento del ruido. El palmoteo es casi lo primero que aprende el niño.

En los juegos de los niños con los padres, las madres y las niñeras, generalmente se palmotean juntos, y siempre el niño reacciona con un signo de júbilo al son de los golpes de una mano contra la otra. Este recuerdo es tan intenso que posteriormente expresamos con aplausos nuestra alegría y nuestros testimonios de aprobación. Lo cual se asocia a otros efectos sonoros, a los que también se añade el chasquido del látigo. Luego se añade la impresión visual, que es asimismo notoriamente decisiva. El enrojecimiento de la piel blanca es lo más encantador que hay en la vida humana. El rojo tiene también un especial alcance en la vida: es el color del amor.

Enrojecer es siempre el signo de un espíritu receptivo, no embotado. Resulta curioso que la idea del golpe se relacione siempre con la crueldad. No tiene nada que ver, aunque a veces vayan juntas. Lo que se provoca es el enrojecimiento de una zona de la piel para que se destaque el blanco que la rodea, bien se trate de la piel o de una ropa blanca. A esto hay que añadir el sentimiento de excitación.

La leve escocedura es importante y actúa causando excitación al ser humano. En los países nórdicos, en Escandinavia y en Rusia, se utilizan para el baño varas de abedul; tras el baño, unas mujeres especialmente ejercitadas azotan ligeramente a las personas y así provocan una sensación agradable, de dolor leve, calor y excitación corporales. Este es también el sentido con respecto a cualquier otro tipo de golpes.

El ligero escocimiento es algo que está en relación inmediata con nuestra vida. De ahí proviene la expresión "amor ardiente". "El amor quema como el fuego": he aquí una expresión que hallamos en todas las lenguas.

Es interesante, significativo e importante para dictaminar todas las enfermedades, que la omisión de los golpes tiene repercusiones desfavorables en la vida. La quemadura del amor arroja alguna luz sobre esta extraña característica, es decir, que los seres humanos no están satisfechos con un amor feliz, sino que además necesitan un amor algo desdichado, una ligera insatisfacción, una leve sospecha, una quemadura; es el mismo caso de las parejas jóvenes. De ahí surgen los celos, cuya pérdida es indicio de que el ser en

cuestión se ha vuelto indiferente o de que domina tan absolutamente la vida amorosa que puede eliminar a voluntad ese pequeño atractivo, lo cual es deseable; pero tarde o temprano reaparecerá siempre la necesidad de dolor y de celos. No puedo proporcionar más que una ligera aproximación a la real dimensión de estos aspectos; desearía volver de nuevo al niño y a los golpes.

Y además quisiera, ante todo, destacar que estas pulsiones son innatas y están presentes en todos los seres humanos. Es lo que denotan los típicos juegos de niños, en los que hay que considerar dos aspectos. Primero, cuando se juega al caballito; y segundo, cuando se juega a la escuela o a la familia. Pocos son los niños que no juegan al caballito, y hay una razón para ello.

Cuando un niño no juega al caballito, tal vez tenga realmente un caballito de balancín o de juguete (lo que ahora ya no es muy frecuente) o un pequeño látigo o un palo. Los niños siempre tienen algo para golpear, aunque no sea más que la punta del cojín, que agitan en el aire, o sus manos, con las que golpean sobre el cubrecama. El juego del caballito consiste en que uno de los niños haga de caballo y el otro de cochero. El caballo se detiene en un punto determinado y no quiere avanzar; entonces recibe un latigazo. Esa es toda la gracia del juego, y es igual en todos los países. Lo esencial consiste en que el caballo se plante y reciba unos golpes.

Algunos niños prefieren hacer de caballo; otros, de cochero. Parecería poderse sacar de ello conclusiones sobre las tendencias del niño, pero no es éste el caso. El niño que hace de caballo tal vez piensa: “me dejo golpear hasta cierto punto, porque, cuando quiera, doy una sacudida, el cochero caerá todo lo largo que es y a fin de cuentas soy el amo”. O la niña que hace de cochero y golpea a su caballo puede pensar: “si se vuelve y me da una bofetada, quedo indefensa a su merced”. Esto no significa que en uno se haya desarrollado más el aspecto sádico, y en el otro el masoquista. Siempre hay un juego de equilibrio entre el deseo de golpear y el de ser golpeado. En la niña ya aparece la necesidad inherente a la condición femenina de encontrar un hombre lo más fuerte posible; la mujer siente siempre la inclinación de desafiarlo para probar su fuerza. Lo atormenta, y con ello quiere lograr que él pierda de pronto la paciencia y le prueba que es más fuerte.

Corrientemente no se entiende este juego. La mayoría de los hombres son demasiado tontos para comprender el refinamiento del juego de la mujer; creen seriamente en la resistencia, surgida del deseo de los golpes, del palo en este caso. La raíz de las posteriores desavenencias en el matrimonio surge con frecuencia únicamente de aquí. El caballo desempeña asimismo un gran papel en otro aspecto; interviene en la relación entre padre e hijo cuando el hijo cabalga sobre el padre. En muchos juegos escolares y familiares, muy difundidos, ocurre casi lo mismo que en el juego del caballito, pues se trata igualmente de resistencia y castigo. Siempre hay un niño que hace de maestro y otro de alumno desobediente y necio que aun cuando no es golpeado es enviado al rincón, o se lo pone de patitas en la calle. También en los juegos de soldados se nombra casi siempre un capitán y se inventan unos castigos especiales. Pero he aquí algo singular.

En las aldeas y en los medios obreros, los niños juegan abiertamente a todo esto; pero los niños cultos, atormentados por la moral, esconden su juego si hay delante algunas personas curiosas, como por ejemplo las tías, y se contentan con mandar al rincón o ponerse en la puerta. Pero tan pronto como están solos se golpean. Ya no tienen el atrevimiento de jugar a golpes abiertamente; esto se advierte con mayor claridad en el juego de la familia. Se trata de una pareja y sus hijos, algunos de ellos maleducados. Es un juego que nunca se realiza abiertamente, de no ser en las aldeas. Pero en nuestros medios profesionales y culturales se disimula en algún oculto rincón de la casa o el jardín, en el granero, a veces también en el sótano, en la espesura, en escondites donde no va nadie. Los niños ya no se conforman con ligeros golpes: hay que golpear en la piel al desnudo. A ello hay que añadirle la curiosidad de algo secreto: desnudarse. Son cosas que se hacen a escondidas.

Con frecuencia la enfermedad arranca de acontecimientos de este tipo, porque el primer sentimiento de pecado, y de disimulo, se relaciona con ellos cuando se descubre el juego y viene el consiguiente sermón, como el que el fiscal le echa al homicida o el padre al hijo si éste contrae deudas, como si fuera un crimen grave. Desde el instante en que intervienen los padres, el niño ya lo sabe: “es algo muy malo y debo avergonzarme”. No por ello se pierde la pulsión, aunque un padre burro o una madre tonta echen sermones moralistas. La pulsión no desaparece, y por eso tales sermones resultan así errados.

Estos niños se pasan toda la vida con la conciencia de tener un deseo pecaminoso que deben ocultar. No

sucumben al mismo todos los días, pero sí en su fantasía. Es algo que se expresa diariamente en la calle en los innumerables bastones de mujeres y hombres. Únicamente el anciano se apoya en él; el hombre joven lo utiliza para hendir el aire o el césped, pero sólo lo hace cuando tiene el deseo de penetrar algo diferente. No se trata de golpes de rabia, sino de golpes de ternura. En muchos seres humanos esta lucha interior ha causado ya tales estragos, que ni se atreven a hendir el aire o el césped ni a cortar flores o espigas; se valen con precaución de su bastón sin atreverse a golpear: se sirven de él, sólo para apoyarse. Y con el tiempo se vuelven tan prudentes, que ni siquiera se atreven a llevar bastón. Viendo esto, uno se pregunta: ¿acaso no se ha producido aquí una grave lesión durante la infancia? Lo que sucede casi siempre es que la mayoría de estos individuos han sido descubiertos cuando eran niños y se han hecho así acreedores a un sermón. El bastón es el símbolo de la fuerza viril; esto también es importante. El hombre tiene por símbolo al bastón.

En el muchacho, el órgano sexual todavía es pequeño, blando y flojo. Cuando llega a hombre, aparece el bastón; el miembro se yergue. Hay un evidente parecido, y el lenguaje lo atestigua. En alemán antiguo el órgano masculino se llama *Rute*; en francés, *verge*; en latín, *virga*. Esto nos muestra la relación. El bastón, el palo, son el emblema de la fuerza viril, representan el miembro de la virilidad y como símbolo de la dignidad suprema se pasa al cetro. El cetro es el órgano sexual masculino; la corona, parte sexual femenina, así como la diadema de casada y por añadidura el sombrero. La corona debe de ser considerada como la mujer; el cetro, como el hombre; y el globo imperial - *Reichsapfel*: literalmente, manzana del imperio-, como la esfera del mundo.

Con una manzana comienza en la Biblia la historia del mundo. El primer pecado, la caída de Adán y Eva aún en el paraíso, consiste en tomar la manzana del árbol de la ciencia del bien y del mal. Eva da la manzana a Adán; ella ha sido seducida por la serpiente. Adán es seducido por una manzana que tiene Eva, y Eva lo es por una serpiente. La serpiente es un animal temido por todas las mujeres. La serpiente es el órgano sexual masculino; representa la excitación de la mujer por el hombre. La manzana con la cual se excita a Adán es en un sentido el pecho y en otro las nalgas de la mujer, y esto ya tiene mucha más importancia.

El ser humano no ha sido hecho para realizar el acto sexual como ahora se practica entre nosotros. Esto es una consecuencia de la civilización. A decir verdad, el acto sexual debe de tener lugar por atrás: es lo anatómicamente dado. La otra posición no es anatómicamente correcta. Es bastante verosímil que la manzana de Eva no es tan sólo el pecho, sino también las nalgas. Lo que apoya aun más esta idea es el hecho de que en todas las lenguas ambas mitades son llamadas manzanas. En italiano no es aconsejable emplear la palabra manzana en plural. La manzana comida en el paraíso tiene la particularidad de provenir del Arbol del Conocimiento.

En las representaciones pictóricas de la Caída, la serpiente siempre está enroscada en el árbol. El tronco del árbol es el emblema del órgano viril. El conocimiento del bien y del mal se sitúa en la esfera sexual. En el mismo instante en que el ser humano sale del inconsciente infantil comienzan los escrúpulos morales. El momento en que se despierta la conciencia de las condiciones sexuales varía. Desde que el niño comienza a distinguir entre bien y mal, todo hace referencia a las cuestiones sexuales. No se puede educar a los niños con discursos; gritándoles no se les hace sanos. La educación siempre está en relación con los golpes, y los golpes son parte de la excitación sexual.

El dolor está en relación con el conocimiento del bien y del mal. Continuando la leyenda del paraíso, llegamos al hecho de que Adán y Eva sienten vergüenza.

Se confeccionan una corona de hojas de higuera y cubren su desnudez. El higo es a partir de ahí, un nuevo símbolo. Si se observa detenidamente un higo exteriormente se parece a un útero; si se abre, el parecido es más asombroso. El pueblo lo sabe. Entonces aparece Jehová y lanza su maldición, que para la mujer es: parirás con dolor. En verdad no es una maldición, sino algo hermoso. Y a ello añade: “Pondré enemistad entre tú y la serpiente; tú le aplastarás la cabeza y ella te picará en el talón”. La picadura en el talón enlaza con la fábula de la cigüeña, en la que la cigüeña pica a la mujer en la pierna, lo cual hace referencia a la herida en el momento del acto de nacer. El aplastamiento de la cabeza va dirigido al hombre, al abatimiento de la cabeza de su miembro. El acto determina que el pene se arrugue; la cabeza es aplastada, sojuzgada, como por un mazazo. No hay palabras ni acción sobre la faz de la tierra que no se relacionen con la vida sexual del hombre y la mujer, que no estén enraizadas con su vida amorosa.

Vuelvo al asunto de los golpes; quisiera destacar un aspecto importante. He hablado de las palmaditas, pero aparte de esto, hay también en el ser humano una sed de sangre de una brutalidad tremenda y que debe de estar presente desde el primer instante, porque de otro modo no habría más nacimientos en la mujer, y no habría otro hijo que el primero si no obtuviera del dolor, de la crueldad, un placer desmesurado. También el hombre posee estos instintos; sin ellos no habría caza, ni construcción de caminos, ni navegación.

Los impulsos crueles que tienden al peligro, que intentan obtener y causar sufrimiento, sirven de resortes para innumerables actividades de la vida diaria... Esto está entrelazado con todas nuestras situaciones. En el caso de la mujer, la sangre desempeña un gran papel. Por medio de su efusión cada cuatro semanas, es casi seguro que la mujer obtiene el placer de la sangre y de la crueldad. El hombre es el jefe, la cabeza de familia; debe ser humillado, vencido, asesinado por la mujer. No carece pues de sentido que la mujer obtenga placer de la sangre, que disfrute en cierta medida con la ejecución. La disfruta con horror, pero no deja de ser un placer. De todos modos es algo que las mujeres tienen, pero nunca confiesan. Si no pudiéramos captar cómo hablan los seres humanos, las pausas que hacen, cómo se ponen roncós y confunden las palabras; si no supiésemos esto, estaríamos arreglados.

El placer ligado a la sangre, a la decapitación, se halla en todos los seres humanos. Es una pulsión que no se puede eliminar sin que ello cause daño.

Cuando esto se intenta, llega al mundo la mentira, causa de todo mal. Ante todo, no pienso en la mentira de palabra, sino en la mentira interior, la que vigila las acciones y reprime las fantasías. Ofuscarse a causa de los impulsos crueles del ser humano no tiene sentido. Desde el punto de vista ético y estético, no se trata de algo bello; pero si lo llevamos hasta el extremo de querer eliminarlo por completo, entonces el asunto toma venganza, la caldera recalentada explota y llegamos a resultados tales como la presente guerra.

La mujer es más sensual que el hombre, y a pesar de ello la ley hace a que actúe como si no fuese así. Los hombres llegan a todas partes y hacen lo que desean. ¿Y la mujer? Ella siempre debe proceder como si estuviera en las nubes y careciera de sensaciones; como si fuera muy suave y dulce. Sin embargo, siente muchas ganas de golpear y aun mayores de ser golpeada. Cuando la mujer está de mal humor, cuando se excita, o le hierve la sangre, monta una escena a su marido, y éste discute con ella en lugar de tomar un bastón, un palo de madera o aquel que posee desde su nacimiento. Pero hace algo muy distinto: se pone el sombrero, cruza la habitación y da un portazo al salir. Observemos esto: el sombrero en la cabeza, salir de la habitación y golpear la puerta. Todos ellos son símbolos. ¿Qué puede hacer la mujer? Tal vez sentarse a llorar, y entonces cuando él regresa aún está excitada. Eso en el mejor de los casos. Mientras tanto el hombre tal vez ha estado en la taberna, bebiendo cerveza, y cuando regresa a casa huele a alcohol. Es un fastidio, porque el olfato está estrechamente ligado a los órganos sexuales. Con esto termino por hoy: pero si alguno de ustedes desea formular preguntas relacionadas con lo que acabamos de decir, les ruego que lo hagan.

Me han preguntado por el significado que tienen la ropa o los papeles pintados a rayas, en relación con la posición del bastón. Las rayas de la ropa o de los papeles pintados son estrías para los ojos. En los papeles pintados éstas evocan los fantasmas de los golpes. La mayor parte de las veces, el adulto no llega al fondo de estos fantasmas, por el contrario los reprime y gasta en ello toda su energía, en vez de llegar con la imaginación hasta el fondo del fantasma y admitir que los demás también los tienen. Los dibujos de rejas despiertan representaciones de la prisión. La ropa a rayas, los vestidos cortos, fáciles de remangar, todo ello está en relación con la guerra. Los vestidos ajustados se pusieron de moda para que las faldas se levantaran al subir a un coche o al tranvía. Remangar los vestidos tiene igualmente una gran importancia.

Un fenómeno curioso es el sentido de los calzones. Nuestro siglo se vuelve cada vez más moral. En la época rococó no había calzones. Las señoras llevaban trajes con miriñaque y no se sentían molestas cuando, al subir a la silla de manos, los lacayos veían sus piernas incluso hasta la rodilla. Después aparecieron los calzones abiertos, y ahora los cerrados. Y hasta hay quien se pone dos, uno sobre otro. Todo se hace cada vez con más refinamiento, y el camino se torna aun más largo. El bastón y el paraguas del hombre y el bolso de la mujer no son sino símbolos sexuales. El hombre lleva un bastón o un paraguas, y a menudo los olvida. El paraguas abierto representa la erección del falo. Siempre hay una razón para dejar el paraguas donde se lo ha olvidado, y siempre hay alguien a quien se desearía satisfacer con ese paraguas.

La mujer suele olvidar su bolso, preferentemente en las tiendas; esto se halla en relación con las

costumbres prehistóricas, cuando la mujer era propiedad común. El matrimonio no ha existido siempre; antes a la mujer se la cazaba en la selva virgen, y de aquello algunas cosas han quedado, como el hecho de dejar caído el bolso sobre el mostrador. En otros tiempos, aquel que pagaba el precio más alto se quedaba con la mujer. Muchas mujeres dejan la puerta abierta tras ellas: esto es una invitación. El que lo desee puede entrar. Siempre hay una razón determinada, y es siempre una razón sexual.

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 11-ex-37